

precipitadamente, como el entusiasta príncipe real bávaro. Había ya celebrado el arte su renacimiento a una nueva vida en Berlín con el magnífico sepulcro de la reina Luisa, hecho por Ranch, amen de varios trabajos, ó mejor dicho, estudios hechos por el arquitecto Schinkel y el escultor Schadow. Ranch trasladó su taller de Carrara á Berlín, en 1819, para fundir en bronce las estatuas de los héroes militares de la Prusia. La primera estatua fué la del general Blucher, modelada por Schadow, para la ciudad de Rostock, en 1818. El mismo Schadow es autor del monumento de Lutero en Wittemberg. En 1818 fué erigido también en una pequeña eminencia cerca de Berlín un monumento para conmemorar la victoria de las armas prusianas sobre las francesas. Schinkel demostró en muchas obras, así como en el teatro, su talento en adaptar á las modernas las formas clásicas griegas. La catedral que el piadoso rey había pensado erigir en acción de gracias por los grandes triunfos de Alemania, quedó en proyecto por falta de recursos. El pintor francés David rechazó la invitación del gobierno prusiano para establecerse en Berlín, pero en cambio Cornelius formó un centro artístico en Düsseldorf, reuniéndose en torno suyo artistas como Schadow, Hildebrandt, Hübner, Sohn, Lessing y otros, los cuales formaron una escuela que conservó las tradiciones de su maestro.

Tampoco quedó rezagada la música; Weber compuso la de las poesías de Koerner y el *Freischütz*, acertando en todo con el gusto popular alemán, lo mismo que Schubert en sus canciones, verdadero tesoro nacional.

¡Qué exuberancia de fuerzas nacientes, de frutos exquisitos y de progreso intelectual! ¿Podía caber duda sobre quién vencería, si la pesada y gruesa capa de hielo que oprimía por arriba al pueblo alemán ó las ondas que iba moviendo por debajo una primavera intelectual?

Un movimiento análogo pudo observarse entonces en todas las naciones europeas, que sin excepción obedecían á un impulso general hácia adelante en la esfera intelectual y en la del sentimiento, resultando un cambio mutuo de ideas que dió nueva fuerza al movimiento especial de cada pueblo. Este movimiento lento y pausado, pero poderoso y constante en el inglés, violento, apasionado é impaciente en el francés, influyó por uno y otro lado sobre el alemán, forzando y facilitando su despertar y el advenimiento de una nueva era.

CAPITULO V

FRANCIA

El año 1823 señala con leve diferencia un cambio importante en la vida intelectual del pueblo francés. En el período de la restauración anterior al año 1823, eran realistas y ultramontanos los literatos de mas talento, á saber, De Maistre, Bonald, y sobre todo Chateaubriand; pero desde entonces fué entrando en escena una nueva generación que no había visto el antiguo régimen en sus bellos tiempos, y era, en cambio, hija de la gran revolución de 1789. Esta se abalanzó con toda su exuberancia juvenil sobre todos los ramos intelectuales, historia, filosofía, literatura y poesía. Era, según dijo Royer-Collard, una nación nueva, una juventud impaciente de saborear la libertad y de desplegar su actividad; y Sainte-Beuve decía: «Subíamos ansiosos una colina sin saber lo que veríamos una vez arriba.» Lo característico en este movimiento fué la estrecha unión de la política con la literatura, casi exclusivamente en sentido liberal, en cuyas filas figuraban todos los hombres notables en literatura, ciencias y artes que tanta fama dieron á la Francia. También llegó la elocuencia parlamentaria á una altura que no ha vuelto á

alcanzar desde entonces. Hasta las ciencias positivas modernas cobraron nueva energía y lustre con representantes como los arqueólogos Quatremere de Quincy y Estéban Quatremere, los orientalistas Silvestre de Sacy, Champollion y Abel Remusat, los naturalistas Arago, Cassini, Matthieu, Cuvier, Ampère, Gay-Lussac y Jussieu, el economista Juan Bautista Say, todos grandes lumbreras en sus diferentes ramos. El foco, sin embargo, de todo este movimiento intelectual, resplandeciente en la segunda parte de la restauración, eran las clases que varios talentos jóvenes y elocuentes abrieron en la Sorbona, como Villemain, que trató de la literatura francesa del siglo pasado; Víctor Cousin, que explicaba la historia de la filosofía, y Guizot, que como el anterior había estado condenado á un silencio forzoso por la recelosa reacción, y que describió la historia de la civilización moderna. Lo mas selecto de la sociedad francesa llenaba las aulas, y las lecciones, tomadas en taquigrafía y publicadas por la imprenta para facilitarlas á los que no podían oír las de viva voz, fueron arrebatadas y devoradas apenas salían de las prensas.

La ciencia histórica, entonces moderna y poco cultivada, adquirió una importancia súbita con la tendencia de sus principales cultivadores á fundar la justicia y la lógica de sus opiniones políticas en la historia. A. Thierry, en su historia de la conquista de Inglaterra por los normandos, y Barante, en la de los duques de Borgoña, trataron de probar que los gérmenes de la libertad del pueblo deben buscarse en la Edad media. Entre todos los historiadores de aquella época, el que mas influyó en el espíritu de la nación y en la opinión pública fué Adolfo Thiers. Había llegado á París con su amigo Mignet, joven y sin mas recursos que su talento y su voluntad de hierro. Manuel, el diputado terrible de la oposición de quien hemos hablado, le introdujo en casa de Lafitte, donde pronto fué el concurrente mas asiduo. De corta estatura y voz fina, maneras poco elegantes, pero maestro en el arte de la conversación, de concepción rápida y penetrante, sabía de todo y hablaba de todo con la seguridad de un especialista. Literato y periodista, trabó luego relaciones con todos los literatos célebres, y siendo temido por sus contrarios políticos y buscado por sus correligionarios, llegó á ser en poco tiempo una de las personas mas conocidas de París. En 1823 dió á la estampa el primer tomo de su *Historia de la Revolución*. Hasta entonces todos los que habían escrito sobre este período, menos la señora de Stael, cuyas: *Consideraciones sobre la Revolución francesa* solo llegaban hasta 1789, lo habían condenado sin remisión por sus delirios sangrientos y demás atrocidades. Apareció Thiers y presentó á sus compatriotas en su obra la apología de la revolución, explicando sus horrores como una consecuencia forzosa y natural, justificando hasta el reinado del Terror, porque salvó á la Francia de la invasión extranjera y la engrandeció con la conquista del Rin, su frontera natural. En esta obra explayó Thiers todo su poderoso y noble sentimiento nacional francés, mucho mas impetuoso que su liberalismo, de modo que su libro resultó una marsellesa historiada y la revolución francesa quedó inmortalizada, tanto que desde entonces ha sido el orgullo de todo buen francés, y Guizot tuvo razón cuando dijo: «No estaba tan concluida la revolución como se creía.»

Por aquel tiempo pasó la poesía francesa por la misma transformación que ya habían sufrido la alemana é inglesa, pues de rigurosamente académica se convirtió en romántica. Habiendo hecho saber la señora de Stael á sus compatriotas los franceses en su libro: *De l'Allemagne* (Cosas de Alemania), que al otro lado del Rin vivía un pueblo que tenía una literatura propia y muy notable, y habiéndose también enterado de ella los emigrados franceses mas ilustrados

durante el tiempo de su expatriación, la filosofía alemana empezó á tener adeptos á orillas del Sena, y hasta Lessing, Goethe y Schiller, simultáneamente con los ingleses Shakespeare y Byron, entraron en el horizonte de los franceses. Esto sucedía cuando Lamartine con sus *Meditaciones*, Delavigne con sus *Mosenias* y Víctor Hugo con sus primeras odas, anunciaron la llegada de una nueva generación de poetas, que diferente de sus vecinos del otro lado del Rin, al hacerse romántica no dirigió la vista atrás sino hácia adelante; se hizo romántica moderna, liberal y práctica, abandonando á la vez que las formas clásicas y académicas, cuya autoridad había sobrevivido á la gran reforma política y social, el entusiasmo por las ideas monárquicas y por el cristianismo. Su romanticismo, según dijo Víctor Hugo, era en la poesía lo que el liberalismo en el Estado, ó sea en el campo político, es decir, que la poesía se hizo opositora. Respecto del clasicismo, había dado ya el ejemplo Chateaubriand con su *Genio del Cristianismo*; pero si exteriormente pasó también á la oposición, no fué por convicción sino por despecho de no haber recogido mas que ingratitud por parte del rey, para quien era sumamente antipático y que además sospechaba que intrigaba contra su ministro Villele. La gratitud que pretendía Chateaubriand crear merecerla por haber abogado tan valerosamente en favor de la intervención francesa en España, que él mismo llamaba su obra maestra, su *Renato* político. Su actitud ambigua en los debates sobre la conversión de la renta, á cuya aprobación el gobierno daba grandísima importancia, indignó tanto á Luis XVIII que exoneró al ministro poeta en junio de 1824, en términos que exasperaron su furor hasta el parásitismo; y el realista y reaccionario ardiente, pero «cuyo corazón jamás había latido fuertemente por los reyes,» como él decía (1), se hizo enemigo irreconciliable de la dinastía borbónica.

Otro enemigo, irreconciliable también y mas peligroso, de los Borbones, fué Beranger. Ningun otro poeta ha sabido como él, en sus canciones y coplas entusiastas, ridiculizar en versos bellos y pintorescos, pero terriblemente irónicos, á los emigrados legitimistas, las necesidades de la corte y las intrigas del clero, halagar los instintos del pueblo y socavar el respeto debido á la autoridad. Beranger contribuyó mas que nadie á crear y popularizar la leyenda napoleónica, al *cabito*, á quien antes tan cruelmente había satirizado en su *Rey de Yvetot*.

Toda la poesía se había pasado á la oposición.

La dramática conservó mas tiempo las tradiciones reglamentarias del clasicismo. Scribe fué quien empezó á emanciparse de ellas, sacando sus personajes y argumentos de la época en que vivía; pero Alejandro Dumas fué el primero que, en 1829, en el teatro Francés, santuario de las tradiciones clásicas, hizo representar sus dramas románticos, principiando con el: *Enrique III y su corte*, trabajo por cierto bastante pobre. Los autores dramáticos de la escuela antigua se quedaron atónitos ante semejante sacrilegio, é indignados solicitaron en una petición el auxilio del rey para salvar la memoria de Aristóteles y Boileau contra la irrupción de la barbarie inglesa y alemana; pero el rey Carlos X tuvo el buen tacto de contestarles: «¿Qué quieren Vdes. que haga? Yo no ocupó mas que un asiento en el teatro, lo mismo que ustedes.» Aquel mismo año se representó en el teatro Francés el *Otelo* de Shakespeare, y pocos meses después el *Hernani* de Víctor Hugo.

Las artes experimentaron la misma transformación que las letras; se despojaron de la opresión fría y rígida de las reglas vetustas para dar á sus productos la naturalidad y variación

de que carecían. En la pintura se hicieron célebres Scheffer, Delacroix, Ingres, Horacio Vernet, Delaroche, Robert, y en la música Boieldieu, Auber y Rossini (2), que abrieron el camino del romanticismo.

Para el desahogo de las pasiones y para las discusiones políticas estaba abierta la arena del periodismo, que á pesar de la severa ley de imprenta de 1822 había adquirido, como toda la prensa en general, una extensión é influencia asombrosas, siendo también en su mayoría de la oposición. En 1814 salieron de las prensas francesas 45,500,000 pliegos sin contar los periódicos; en 1820 se imprimieron ya 81 millones y en 1826 hasta 144,500,000 pliegos. La prensa periódica se aumentó en el mismo período desde 46 millones hasta 669 millones de pliegos. Gran aceptación tuvieron en 1823, las *Tablettes historiques*, cuando su editor Coste se rodeó de colaboradores jóvenes y de talento como Thiers, Mignet, Remusat y otros. Chateaubriand, desde el momento en que perdió toda esperanza de reconquistar la gracia del rey, hizo en el *Journal des Débats* cruel guerra á sus antiguos colegas, diciendo que el ministerio estaba muerto y solo faltaba enterrarlo. No prosperó menos el ramo de los folletos, siendo los mas venenosos de la oposición los de P. Courier. La fundación del periódico *Le Globe*, por Pedro Leroux y Dubois, en 1824, señaló un nuevo período de desarrollo de la prensa periódica. Contaba Leroux con una pléyade brillante de talentos jóvenes, todos en política liberales sin ningun afecto dinástico, entre los cuales figuraban Remusat, Vitet, Duchâtel, Duvergier d'Hauranne y Sainte-Beuve, que discutían en el citado periódico, además de las cuestiones políticas, cuestiones filosóficas, sociales, religiosas, históricas y literarias, al alcance del público instruido, contra la filosofía sensualista, egoísta y estéril del siglo pasado, contra Voltaire y los enciclopedistas, pidiendo libertad para todo y para todos, hasta para la religión y los jesuitas. La *Revue française*, fundada en 1828, revista escrita con gran talento, rebosando de ideas profundas y brillantes, fué órgano del partido doctrinario, de los Guizot, Broglie, Barante y otros. Las nuevas ideas penetraron rápidamente por todos los poros en el cuerpo social, dejando mas y mas reducidos y aislados á los que conservaban el culto de los Borbones, el amor al trono absoluto, á los privilegios de la nobleza, del clero y de los establecimientos monacales y el fanatismo devoto. Así, para no dejar el campo enteramente al genio moderno, los individuos de la alta aristocracia tuvieron que echar mano, bien ó mal, de la prensa y entrar en el palenque periodístico, olvidando que esto habría parecido á sus soberbios antepasados una mancha infamante en sus blasones.

El partido legitimista se cuidaba poco, sin embargo, de este movimiento, porque el triunfo que creía haber obtenido con la campaña española le había dado las esperanzas mas halagüeñas, y en efecto, aunque aquel paseo militar hacia asomar una sonrisa de desprecio á los labios de los veteranos del imperio, que habían visto á Borodino y á Leipzig, no dejaba de ser para los legitimistas un motivo de seguridad el hecho innegable de que el ejército francés peleaba fiel á su bandera, aunque esta fuese la blanca de los Borbones. De todos los augurios siniestros de los liberales ninguno se había cumplido; ningun síntoma alarmante se observaba en el ejército, al parecer muy contento de ser mandado en jefe por un Borbon, el duque de Angulema. Todo esto exaltó tanto el ánimo de los legitimistas que sus esperanzas y pretensiones ya no respetaban límites y no pararon hasta que de exigencia en exigencia produjeron, siete años después, la caída

(1) Véase su *Congrès de Verone*, tomo II, pág. 217.

(2) No vemos la razón por qué haya de citarse á Rossini como compositor francés. (N. del T.)

de la dinastía y del principio legitimista. Por lo pronto parecía que todo contribuía á realizar sus esperanzas, y cuantos querían medrar á la sombra de la dinastía borbónica procuraron hacerse propicios á la corte. Chateaubriand, entonces en la cúspide de su carrera política, se atribuía toda la gloria de la prosperidad militar y material de la Francia, prosperidad que para él databa desde su entrada en el ministerio. El país, gracias á sus recursos inagotables, había restañado en cortísimo tiempo las terribles heridas que le habían infligido veinte años de guerra y la gran derrota final, la pérdida de casi todas sus colonias, y la terrible crisis industrial y agrícola al volverse á abrir los puertos al comercio, despues de hecha la paz. El sistema proteccionista que siguió el gobierno, con aplauso de la mayoría de la nacion francesa, fomentó la industria y la agricultura, tanto que el país exportó en el



Victor Hugo.—Copia de una litografía de Delpech, segun el dibujo original de Mauris

paz interior para disfrutar de la prosperidad general, pudo el ministro Villèle aguardar tranquilamente las próximas elecciones. Pero no le bastó tener asegurada una gran mayoría en la cámara, quería una cámara toda ministerial y ciegamente sumisa á su voluntad, y para conseguirlo echó mano de todos los recursos, aun los mas indignos. Listas de electores falseadas, presion escandalosa sobre los funcionarios civiles y oficiales del ejército, amenazas directas, promesas á los electores, cooperacion del clero, todo lo puso en movimiento para excluir del parlamento no solo á los hombres de la izquierda y del centro izquierdo sino hasta á los enemigos personales de los gobernantes que pertenecian á la misma derecha. El éxito fué poco menos que completo, porque la cámara de 1823 fué copia fiel de la del año 1815, solo que dependia además enteramente del ministerio. Los liberales habían quedado reducidos á diez y nueve de ciento diez que habían sido en la legislatura anterior, y entre los pocos electos faltaban muchos corifeos del partido como Lafitte, Lafayette y Dupont. Entre todas las estupideces de la reaccion, una de las mayores fué no ver ni temer mas oposicion que la de la cámara, y habiéndola eliminado de cualquier modo, creer que ya no necesitaba mas para imperar en absoluto en el país, suponiendo que este, arrepentido de

año 1821 por valor de 163 millones de francos en productos agrícolas y 292 millones en productos de su industria, total 450 millones, que si no llegaban, ni con mucho, á los 1,200 ó 1,300 millones que en aquel tiempo exportaba anualmente la Inglaterra, era ya bastante en comparacion de lo que antes se había visto en Francia. El precio de la propiedad inmueble subió y simultáneamente subieron los ingresos del tesoro, y al fin del ejercicio económico quedó un remanente de 32 millones. Con tales recursos pudo el gobierno mejorar las vias de comunicacion interior, construir ocho canales y consolidar su crédito tan perfectamente que la casa de Rothschild se encargó del empréstito de 1821 bajo condiciones extraordinariamente favorables.

En tan brillante estado de cosas, desanimado el partido liberal, predominando en la nacion el deseo de conservar la

sus extravíos, admitiria sin repugnancia sus vetustos principios.

La primera ventaja que se apresuró el gobierno á sacar de su victoria electoral fué la votacion de la ley disponiendo que en lugar de hacerse cada año elecciones parciales se renovara la cámara en su totalidad cada siete años, por cuyo medio el ministerio tenia asegurada la vida por igual período de tiempo. Royer-Collard pronunció en estos debates un discurso notabilísimo, en el cual expuso á la cámara los peligros que envolvía semejante aumento del poder del gobierno, diciendo: «El ministerio forma los colegios electorales, y ¿quién vota en ellos? En gran parte, el ministerio por medio de los que cobran del Estado; el ministerio, que concede los empleos á los que directa ó indirectamente se muestran dóciles; el ministerio por medio de los intereses y de los asuntos que en virtud de la centralizacion dependen de él; el ministerio por medio de las congregaciones é institutos religiosos, civiles, militares y científicos, de que puede privar á una poblacion que tema perderlos ó desee adquirirlos; el ministerio por medio de las carreteras, puentes, canales y casas consistoriales, que puede conceder ó negar; y siendo una necesidad pública y dependiendo del gobierno el satisfacerla, ¿cómo no han de mostrársele complacientes las po-

blaciones que tales mejoras solicitan? En una palabra, el ministerio es el que vota y pesa con toda la fuerza de la administracion sobre todos los departamentos, sobre todos los municipios, sobre cada clase y cada individuo. Y, ¿qué clase de gobierno es este? El imperial, que no ha perdido ninguno de sus cien brazos, y que, muy al contrario, ha sacado nuevas fuerzas de la lucha que ha sostenido contra algunas formas de la libertad, fuerzas que siempre vuelve á encontrar cuando las necesita con solo dejarse guiar de sus instintos, que son la astucia y la fuerza bruta. El mal es grave. El gobierno imperial no solamente ha destruido el sistema representativo sino que lo ha falseado y hecho trabajar contra su verdadera naturaleza. En lugar de elevarnos nos ha envilecido; en lugar de excitar la energía general, relega al individuo á la impotencia; en lugar de fomentar el pundonor, que constituye nuestro espíritu público y nuestra dignidad, lo persigue y lo ahoga, y nos castiga si no sabemos renunciar al respeto que debemos merecer de nosotros mismos y de otros.» Así, pues, Royer-Collard veía en la centralizacion, que el gobierno imperial había fundado sobre las ruinas de las instituciones antiguas y que la restauracion había conservado, el obstáculo principal al reinado de la libertad verdadera; pero no se atrevió á pedir la descentralizacion sino que sacó de sus argumentos la conclusion de que en toda constitucion francesa debía tener siempre la corona la preponderancia, porque el orador sabía que tanto los feudales como los clericales eran tambien enemigos declarados del absolutismo centralizador, y que veían en el restablecimiento de los derechos autonómicos locales una puerta abierta para reclamar tambien los privilegios y fueros de la aristocracia territorial.

La ley de la renovacion septenal, calculada para hacer perdurable el dominio del partido realista y reaccionario, acabó de aislarlo de la nacion. No podía, sin embargo, tacharse al gobierno de este partido de feroz y sanguinario, ni mucho menos; no hubo las ejecuciones ni atropellos sangrientos de las masas fanatizadas respecto de la libertad personal, y hasta los fallos de sus tribunales, bien que severos y á veces muy parciales, no se salieron del cuadro de la ley. Pero la situacion en conjunto era alarmante: los empleos mas importantes pasaron á manos de reaccionarios; estos vigilaban á sus subordinados y la menor sombra de opinion liberal bastaba para destituirlos, poniendo en sus puestos realistas y ultramontanos fanáticos; los escritores favorecidos con alguna pension ó empleo perdian una y otro si se atraían el disgusto de los que gobernaban, y que estaban como la policía dirigidos é influidos por la Congregacion, verdadera autora y provocadora de todas estas arbitrariedades.

Cuanto mas segura y consolidada se sentía la reaccion tanto mas ciegamente provocaba la contra-revolucion; ya sostenia descaradamente la doctrina de que quien había otorgado la Carta podía tambien retirarla y con mas razon modificarla sin intervencion de las cámaras, y si la reaccion no pasaba todavía de ciertos límites en el terreno político, no guardó la misma consideracion en el eclesiástico. Su clamoreo pidiendo que se anularan las leyes impías de la revolucion despues de nueve años de gobierno borbónico restaurado, se hacia cada dia mas ruidoso é impaciente. Quería que la legislacion se pusiese en concordancia con los sentimientos religiosos é instituciones monárquicas del país, solicitaba que se restableciese la ley contra los sacrilegios, se devolviera al matrimonio su carácter sagrado, se asegurase al clero una existencia independiente, ó sea desahogada, y se restituyera á los servidores fieles del rey, despojados por la revolucion, lo que les pertenecía. Quería, en una palabra, «restablecer,—como dijo el diputado Bourdeau,—todo el

régimen antiguo, con inclusion de los jesuitas y con exclusion de las libertades de la Iglesia galicana.»

No iban tan léjos los deseos del ministerio, pero Villèle había hecho tanto en favor de la reaccion que esta le habría abandonado si hubiese visto que no podía sacar ya mas partido de él; y así para no tener que dimitir su presidencia dejóse arrastrar por los ultra-reaccionarios; en lugar de jefe bajó á ser instrumento, y la menor tentativa de resistencia le encadenó mas y mas al partido vencedor. Con arreglo á la ley de imprenta de 1822 restableció la censura para todos los periódicos despues que uno de estos, llamado *Aristarco*, demandado por el ministerio, había sido absuelto por el tribunal.

A medida que la reaccion mas desenfadada imperaba en la cámara de diputados, se fué pronunciando mas claramente



Beranger.
Copia de un grabado en acero por E. Leguay, sacado del cuadro original de Sandoz

te la oposicion en la de los pares, que ya había dado sus primeras señales de existencia en 1822. La componian hombres cuyos principios monárquicos estaban fuera de toda duda, pero que si no toleraban el menor ataque al trono, tampoco querían ver atropelladas las libertades públicas ni las instituciones reclamadas por la época. A este partido, unido por el temor comun que inspiraban á toda persona pensadora los excesos reaccionarios, pertenecian Lanjuinais, Boissy d'Anglas, el duque de Broglie, Barante, Talleyrand, Molé y el duque de Richelieu. Un poderoso aliado recibió la oposicion en la persona de Chateaubriand, no porque esta cabeza poética, vanidosa y confusa, hubiese podido cambiar en el campo realista el destino de los Borbones sino porque su desercion conmovió por un lado al partido legitimista reaccionario, del cual había sido, cuando no la cabeza, uno de los representantes de mas brillo, y por otro lado le dió popularidad allí donde antes apenas nadie había hecho caso de él.

Así estaban los partidos cuando ocurrió, en 16 de setiembre de 1824, la muerte de Luis XVIII, suceso esperado desde mucho tiempo. Había hecho esfuerzos grandes de voluntad para ocultar su creciente caducidad y debilidad, contestando á los ministros, cuando le suplicaban que se cuidara: «Los reyes mueren, pero no enferman.» En su últi-